VERSION ESPAGNOLE ET COURT THÈME

I. VERSION

Era domingo, pues, el día en que estrené el vestido rojo. Con un abrigo encima, eso sí, porque salí temprano y hacía frío. Pero lo llevaba desabrochado, en plan un poco desafiante.
Nunca me he atenido a la división –mucho más rígida en aquellos años que ahora- entre ropa de diario y ropa de vestir, y además pienso que tardar en estrenar un vestido trae mala suerte. De todos modos, a medida que iba andando y mirándome de refilón en las lunas de los escaparates, yo misma me daba cuenta de que no era una *toilette* muy adecuada para ir a estudiar al Ateneo. Y me producía cierto malestar reconocer que en mi elección, más que el capricho, habían influido el comentario despectivo de mi madre y el afán por llevarle la contraria. Ya por entonces vislumbraba yo algo que iría quedando cada vez más claro con el correr del tiempo : que no basta con dar un portazo y largarse a la calle para librarse del influjo de otras vidas que inciden en la propia.
Me cundió poco el estudio aquel domingo. [...]
Acabé recogiendo los libros y bajando al bar media hora antes de lo acordado para la cita. La tarde no acababa nunca de pasar.
Cuando llegó María Teresa nos tomamos un café y le pasé los apuntes de Gramática Histórica, que inmediatamente tomó al peso y hojeó abrumada, más que para hacerse una ligera idea de su contenido para contar los folios grapados, tarea en la que se ayudaba mojando un dedo en saliva, y que pareció sumirla en atroz depresión.
— ¡ Cuarenta hojas ! ¡ Pero cuántos apuntes ha dado ! Son muchísimos, ¿ no ?
Había en el tono de su voz una sombra de reproche.
— Sí, los de enero y parte de febrero, ahí tienes las fechas. Es que vienes muy poco a clase, chica, qué quieres que te diga.
— Hay cosas más importantes que asistir a clase – dijo con cierta acritud.
— Bueno, eso allá tú, no te lo discuto. Pero luego no te vengas quejando, deja de estudiar y ya está.
Seguía mirando los apuntes.
— ¿ Tú ya te los sabes todos ? – preguntó.
— Yo no. Les echaré una mirada cuando sea el examen. A ver si los copias pronto, tú, que la otra vez te eternizaste.
— A ver — replicó. Es que son muchos.
Los metió, suspirando, en una carpeta azul deslucida. Luego pagó los cafés y salimos juntas.
— ¿ Ya no estudias más ?
— No. Me ha cundido poco el día. Hay días muy tontos.
Echamos a andar en silencio camino de la Plaza de Santa Ana. Hacía una tarde ventosa y despejada de finales de febrero, y al fondo de la calle del Prado se vislumbraban resplandores de primavera. Me paré a mirar el escaparate de una librería de viejo que todavía existe. Siempre que paso por allí me acuerdo. Había una lámina grande en tonos sepia y rojo, donde se veía a una señorita decimonónica reclinada en un sofá con gesto voluptuoso. En la mano derecha, abandonada sobre la falda, tenía una carta que probablemente acababa de leer. Y sus ojos, dirigidos hacia alguna ventana invisible, conservaban el fulgor provocado por aquellas palabras del enamorado ausente que impregnaban la escena por completo. Aquel descubrimiento daba pie a cualquier novela de las que yo solía inventar para Mariana cuando éramos más pequeñas y soñábamos con el amor romántico. En cuántos poemas y canciones habíamos bebido ese aire inflamado de la ausencia, la ausencia es aire que apaga el fuego chico y aviva el fuego grande. Y de pronto, al mirarme reflejada en el escaparate, con mi vestido rojo bajo el abrigo desabrochado, vigilando a aquella enamorada de papel, comprendí que estaba deseando descubrir por mí misma, como Mariana, la diferencia entre lo vivo y lo

pintado. Comprendí que ya no me bastaba con inventar novelas ni con que me las contaran, que de lo que tenía ganas era de enamorarme yo.

Carmen MARTÍN GAITE, *Nubosidad variable*, Barcelona : Anagrama, 1992.

II. THÈME

De fait, la vie reprit tout de suite dans Grenade occupée, comme si Ferdinand voulait éviter que les musulmans ne partent en masse vers l'exil. Les otages revinrent à leurs familles le lendemain même de l'entrée du roi et de la reine dans la ville, et mon père nous raconta qu'il avait été traité avec plus d'égards que s'il avait été un hôte princier. A Santa Fe, ses compagnons et lui n'étaient pas confinés à une prison ; ils pouvaient aller au marché et se promener parfois en petits groupes de par les rues, accompagnés cependant de gardes chargés tout à la fois de les surveiller et de les protéger contre les fureurs de quelque soldat ivre ou excité. C'est au cours d'une de ces balades qu'on montra à mon père, à la porte d'une taverne, un marin génois dont tout Santa Fe parlait et se distrayait. On l'appelait « Cristobal Colón ».

Amin Maalouf, *Léon l'Africain*, Jean-Claude Lattès, 1986

Tournez la page S.V.P.